



XXXVI

PONGAMOS muy alta, para contrastar esta última fuerza de perturbación sobre todo, la unidad nacional; porque hay un sentimiento en los pueblos que está ante todos los sentimientos, un interés que está ante todos los intereses, una idea que está ante todas las ideas; el interés, el sentimiento, la idea de la patria. Y la patria no es solamente el hogar estrecho donde se meció nuestra cuna; el árbol solitario que nos presó sombra en nuestros tiernos años; el campo donde volaron como pintadas mariposas nuestras primeras ilusiones ó el templo donde se perdieron como nubes de mirra é incienso nuestras primeras plegarias: la patria es más que todo esto, es la Península her-

mosísima, estrella de la tarde para los navegantes fenicios, bienaventurados eliseos para los poetas clásicos, edén para los árabes; la Península de cuya nutritiva tierra brotara esta ilustre raza celto-ibérica, tan fuerte como el roble del Norte y tan flexible como la palma del Mediodía; raza que hendió con su rayo la luz de su inteligencia, las tinieblas de los últimos tiempos del mundo antiguo; que civilizó á las tribus germánicas antes que ninguno otro pueblo, sin exceptuar á la misma Italia; que en la edad del misticismo y la maceración, llevó á los ataridos miembros de la humanidad el calor de la vida, la luz de la ciencia, la savia de la Naturaleza por la infusión en sus venas del genio de Oriente; que tuvo una libertad de tan ilustre prosapia como la libertad inglesa, y una democracia tan enérgica y tan sensata como las primeras democracias de la historia; que en el despertar del espíritu moderno creó como Dios para el hombre nuevo y para la nueva idea, esa tierra de los portentos, hallazgo del Paraíso, perdido por la culpa de la servidumbre y encontrado de nuevo por la redención del humano progreso; raza

nunca accesible á la decadencia, nunca podrida por el virus del interés y del egoísmo; fanática si se quiere, aventurera, audaz, inquieta, indócil, pero valerosísima, enérgica, heroica, sublime, la raza de los despertamientos y de las hazañas increíbles: la raza de los épicos guerreros de la Independencia y de los heroicos sacrificios por las ideas, y que aun sin estas cualidades y sin estas grandezas, merecerían esta tierra y raza, confundidas, identificadas como en un solo seno y en un solo espíritu, en este mágico nombre de España, merecían de nosotros amor y culto, porque España es nuestra santa, nuestra eterna, nuestra fecunda madre.

(Del discurso pronunciado en Málaga el 26 de Mayo de 1874.)



XXXVII

S EÑORES: Permitidme que, profundamente conmovido, principie volviéndome como en espíritu hacia Occidente, y evocando la sombra, la imagen de mi patria. Santa madre de mi espíritu, hogar sagrado de mi corazón, templo de mi conciencia, el afecto inmenso que por ella siento crece con sus desgracias y toma en el extranjero la solemnidad y la grandeza de un culto. Vuestros elocuentísimos loores, vuestras ardientes invocaciones á la noble España, han penetrado hasta el corazón de este su hijo y lo han llenado de inextinguible agradecimiento. Si en el calor de las improvisaciones, si en la amistad fervorosa hacia mí alguna palabra sobre desvío, ú ol-

vido, ó ingratitud se ha deslizado, sólo me toca protestar contra esa palabra tan amistosamente como ha sido amistosa la insinuación, pero tan enérgicamente como cumple á mi deber y á mi conciencia; España nada me debe á mí, yo todo cuanto soy se lo debo á ella, y la siento latir en mi corazón, y arder y brillar en mi mente, penetradas de su jugo mis venas, de su calor toda mi vida. Sobre los errores de los partidos y de los Gobiernos, se levanta España inmaculada, como la humanidad sobre los errores de los individuos. España podrá proceder como quiera con sus hijos; pero sus hijos no dejarán jamás ni por un momento de adorarla, como la personificación de todo cuanto han amado sobre la faz de la tierra.

Y ahora, ¿qué responder á tantas muestras de aprecio? Sentir grandes afectos fácil cosa es en esta ocasión gratisima con sólo dejar abierto el corazón á la electricidad de vuestros sentimientos; pero decirlos en toda su verdad, difícil, muy difícil, porque así como á cada paso encontramos asuntos propios de la esfera de un arte, y á la esfera de otro arte imposibles, por los medios varios

de la expresión artística, así ante el espectáculo de esta reunión brillantísima, ante este enjambre de ideas que se elevan á lo infinito, entre los acentos de vuestras espléndidas oraciones, ¡ah! no le queda recurso alguno á mi palabra, y parecería lo más natural dejar la gratitud vagando á su arbitrio en la interna inmensidad de vuestro ser, mayor si cabe que la externa inmensidad del espacio, y antes que verterla en formas indignas de su grandeza, aumentarla con el misterio y la solemnidad de un religioso silencio.

Más siendo deber de cortesía, de afecto recíproco, de agradecimiento, hablar en la ocasión menos favorable, cuando la voz se anuda á la garganta, considerad cuánto por mí pasará al verme, obscurísimo resto de un reciente naufragio, en medio de vosotros, ayer esclavos y hoy libres, ayer víctimas de los tiranos y hoy representantes del pueblo, ayer en la soledad del destierro y hoy en el regazo de la patria, legisladores de esta Italia, que parecía descoyuntada para siempre en el potro de sus tormentos de quince siglos; que parecía enterrada para siempre, como los huesos de sus primeros padres los

romanos, bajo la pesadumbre abrumadora de sus recuerdos y de sus ruinas, y que ha resucitado en transfiguración superior á las sublimes transfiguraciones trazadas por sus pintores, enseñando una enseñanza consoladora: cómo antes puede perderse en este nuestro planeta el calor central que el calor de la libertad, y antes extinguirse en lo infinito la luz de los astros, que en los corazones de los desdichados y de los oprimidos, la esperanza en una saludable y definitiva redención.

(Del discurso pronunciado el 12 de Mayo de 1875 en el Círculo progresista de Roma.)



XXXVIII

LA patria! En todos tiempos, y para todas las generaciones, ha sido sagrado este dulcísimo nombre de patria. Podemos creer que nuestra vida se dilata desde el principio al fin de la historia; que nuestro hogar es todo el planeta; que nuestros hermanos son todos los hombres; que la madre de nuestro cuerpo es la naturaleza de donde venimos y á donde vamos en el círculo de la vida y de la muerte; que la madre inmortal de nuestro espíritu es la humanidad, de la cual bajan las almas individuales en una emanación continua, como los rayos luminosos bajan del sol; que no hay sino un solo Dios para la conciencia y un solo derecho para la sociedad; que todos nos vemos, res-

piramos, vivimos en la unidad superior del universo, del cual somos parte integrante como cada ser; y, sin embargo, no por eso amaremos menos el pedazo de tierra donde vertimos la primera lágrima y el pedazo de cielo donde vislumbramos la primera luz. Vulgaridad insigne, pero vulgaridad sublime, el amor sagrado de la patria.

La amamos con el más ciego y el más constante de todos los amores, con el amor propio. Nos parece que hay algo de sus átomos en nuestros huesos, y algo de la savia de sus plantas en nuestra sangre, y algo de su carácter en nuestras facultades morales, y algo de calor en nuestra vida, y algo del corazón de nuestras madres en las entrañas de su tierra; y que habrá compasión en su polvo para nuestras cenizas en el día solemne en que vayamos á pedirle el eterno asilo de la muerte. Jamás nos ha parecido ningún horizonte, ningún cielo como aquel por donde vagaba como una mariposa en la infancia nuestra alma con las frágiles alas teñidas del tornasol de todas las ilusiones y de todas las esperanzas. Jamás nuestro conocimiento de la vida ha valido lo que valían los engaños

de la inocencia. Jamás ha tenido ninguna de nuestras pasiones el casto y vivido calor que tenía el nido primero de nuestros primeros amores. Jamás la campana de una catedral gótica, cuyas agujas frisarán con el cielo, ha podido despertar en el alma una oración tan llena de fe como aquella campana de nuestro rústico valle, cuando al caer las sombras de los altos montes, al replegarse las aves en el follaje y desplegarse las estrellas en los cielos, tocaba desde el torreón de la humilde iglesia el Ave María.

Hemos visitado después las mayores ciudades del mundo; hemos contemplado desde la raíz á la cima de las altas montañas coronadas de nieves; hemos atravesado bosques, cuyos árboles seculares son contemporáneos de los primeros días de la historia moderna; hemos escuchado el fragor de ríos caudalosos, precipitándose entre las quebradas de toscos peñascos en espumosa catarata; hemos asistido á gran parte de los más magníficos espectáculos que ha ofrecido esta soberbia Europa, y no recordamos ninguna emoción en ningún punto de la sociedad, en ninguna región del espacio, en ninguna es-

fera del arte, que pueda compararse con aquellas emociones vírgenes que dejaba en nuestro corazón el mundo, cuando el mundo se aparecía desconocido, misterioso como una flor llena de miel, sobre cuyo cáliz cantaban los coros de las aves, á los ojos de la infancia.

¡Tierra, tierra patria! Tú serás siempre sagrada, porque tú estás unguida con las lágrimas de nuestras madres.

(De su obra *Un año en París*, pág. 61. Año 1875.)



XXXIX

ESPAÑA, España! Confieso que no puedo escribir este nombre sin una emoción profundísima, emoción que llega hasta lo más hondo y lo más íntimo de mi espíritu.

Amamos siempre á nuestro país, pero lo amamos mucho más desde lejos (1). Cuando veo este cielo siempre oscuro, y este suelo siempre humedecido por la lluvia, siento la nostalgia infinita por aquel cielo siempre azul y por aquel suelo siempre abrasado. Para los hebreos la tierra prometida era la volcánica y árida Palestina. Para mí la tierra prometida, al menos á mis huesos, la tierra del descanso eterno y del sueño eterno, es

(1) Estaba en París.

mi España. Separado de ella contra mi voluntad, tal vez para siempre, la llevo guardada en mi alma, como lleva el amante desconsolado la sombra de su amada muerta.

España constituye una gran nacionalidad que tiene una de las más espléndidas historias. Yo no llevaré mi amor propio hasta el punto de creer que ha servido siempre España la causa de la civilización. Sé muy bien cuántas veces se ha opuesto á los progresos humanos. Sé muy bien cuántas luchas ha sostenido en los campos de batalla por ídolos caídos, por ideas muertas. He contado el número de castigos que Dios le ha infligido por el número de eslabones de las cadenas que mi patria ha forjado. Pero si algún día hubiera un Josefát de las naciones; si llamaran á los pueblos á rendir cuenta de su vida en un juicio universal, al presentarse España con la deslumbrante corona que le han ceñido sus artistas; con el escudo que forjó para la Europa cristiana en la guerra de setecientos años; con batallas continentales como las Navas, donde fueron vencidos los crueles almohades, que, semejantes al soplo abrasador del desierto, se dirigían á extinguir la

luz del cristianismo; con batallas marítimas como Lepanto, donde fueron vencidos los turcos que se dirigían á sembrar el venenoso fatalismo por las orillas del Mediterráneo, el mar de la civilización; con descubrimientos como el de América, que arrancó un secreto al Océano y dobló la tierra; con protestas como la escrita contra la desmembración de Polonia, y esfuerzos como los hechos por la inmortal obra de Washington; con sacrificios como el gloriosísimo de la guerra de la Independencia, el cual han invocado en sus horas de angustia todos los pueblos oprimidos cuando pelean por sus hogares y por su patria; bien merecía ser anotada en el libro de los juicios eternos como uno de los pueblos que mas han cooperado á la obra divina de la segunda naturaleza, á la obra divina de la civilización universal.

(De la misma obra *Un año en París* 1875.)



XL

A sí es, señores diputados, que el señor Ulloa ha recordado con oportunidad, y yo debo también recordar aquí, que cuanto hemos hecho, cuanto hicimos en otro tiempo á favor de los principios de gobierno, lo hicimos, y lo haríamos mil veces si en circunstancias iguales nos encontráramos, no mirando nuestros intereses, no mirando nuestra escuela, no mirando nuestro partido, sino algo más santo y más duradero, el porvenir y la salud de nuestra patria.

Yo puedo decir, señores diputados, yo puedo decirlo como si en presencia de Dios me encontrara, yo puedo decirlo mostrando hasta el fondo de mi conciencia, que en aquellas horas supremas de angustia, y á ve-

ces de desesperación, no me acordaba nunca de mí, no me acordaba nunca de los míos; me importaba poco que mi nombre fuera maldecido, y á veces prefería la maldición para mí, con tal de salvar la unidad de la patria, el patrimonio entero de su territorio y los derechos primordiales de todos los españoles

Así es, señores diputados, que no necesitamos unir las felicitaciones al ejército con la felicitación al pueblo, porque el pueblo es el ejército, y el ejército es el pueblo. Grande es nuestro pueblo, grande fué en la pasada guerra civil y en la guerra de la Independencia; grande ha sido en la última sosteniendo con su vigor y con su pujanza los sitios de Bilbao, Berga y San Sebastián; grande, sacrificándose en mil encuentros sangrientos, en Igualada, en Mora de Ebro y Teruel; grande cuando una aldea, desarraigada del suelo como un árbol de la tierra, se consolaba pensando que si había perdido los hogares, había conservado la patria y la libertad; grande... pero no es necesario oponer el pueblo al ejército ni el ejército al pueblo, porque ambos salen del espacio que todo lo contie-

ne, de la vida que todo lo anima, del alma que todo lo agranda, de nuestra idolatrada nacionalidad.

Así, señores, como los antiguos pueblos de Oriente decían: «sólo Dios es grande,» nosotros en este momento supremo debemos decir: «sólo España es grande.» Y por eso al terminar, recogiéndome en mí mismo y recogiendo en mi alma el espíritu de este Congreso, digo: que al recibir el beso de esa hermosa luz en nuestra frente, de esa luz que brilla como el éter de las ideas eternas; al levantarnos sobre esta tierra regada con la sangre de tantos héroes; al respirar este aire que ha llevado al seno de Dios las almas de tantos mártires; al mirar á lo porvenir desde estas cimas altísimas de la conciencia pública, olvidémonos de lo que nos separa, de lo que nos divide, y unámonos todos, Gobierno y oposiciones, partidos más avanzados, en el sentimiento que á todos nos confunde sobre este suelo sacratísimo y á esta hora solemne, en el amor sublime de la patria.

(Del discurso pronunciado el día 2 de Marzo de 1876, sobre la terminación de la guerra civil.)



XLI

TODO esto prueba que un sentimiento muere, que una idea se extingue, que un culto desaparece de los corazones, que una fe antes acariciada se borra en las conciencias. Y como si muere un sentimiento, no muere el sentir; si muere una idea, no muere el pensar; si muere un culto, no muere el creer; las ideas, los sentimientos, las creencias cambian y se renuevan, y con las ideas y con los sentimientos y con las creencias cambian y se renuevan también las sociedades. Y así como á los diversos estados físicos y químicos y meteorológicos del planeta corresponden diversos organismos, al cambio de las ideas y de los sentimientos y de las creencias corresponden

instituciones diversas también. Todo cambia, todo se renueva, todo se transforma. Pero bajo estos cambios, esta renovación perpetua, estas profundas transformaciones, siempre queda un ser en cuyo seno todos nos juntamos, en cuya existencia todos creemos, en cuyo amor todos vivimos: la patria, que permanece pura, á pesar de nuestras faltas; infalible, á pesar de nuestros errores; inmortal á pesar de nuestra desaparición y de nuestra muerte; con su ley de vida, que, como las leyes naturales, durará más que todas las instituciones; con su derecho propio y su propio poder que prevalecerá sobre todos los derechos y todos los poderes; semejante, como otra vez he dicho, en su belleza, en su luz, en su idea, á la imagen purísima trazada por el más místico de los pintores, á la imagen purísima cuyos pies quebrantan la cabeza á la serpiente del mal, y cuya frente se pierde en las estrellas del cielo. Dejemos pasar todo lo accidental, todo lo fugaz, todo lo perecedero, todo lo que han traído las circunstancias y las circunstancias se han de llevar; y levantando nuestro corazón y nuestro pensamiento á las

alturas, juremos trabajar y morir por lo que es eterno, por nuestra hermosa patria!

(Del discurso pronunciado en el Congreso el día 16 de Marzo de 1876.)



XLII

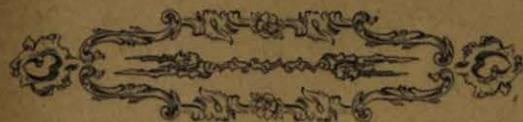
PERO, señores diputados, es una falsedad histórica, contraria á timbres de nuestra raza, decir que sólo de esas épocas católicas tenemos monumentos imperecederos. Eso no se debe consentir en la tribuna española. Pues qué, ¿no fué un español el primer extranjero que mereció de la orgullosa Roma ciertas dignidades? ¿No eran españoles los emperadores que cerraron el tiempo infausto de la tiranía cortesana y abrieron el tiempo glorioso de los Antonios y de Marco-Aurelio?

El primer épico del imperio, era español; el primer retórico, español; el primer didáctico, español; el primer filósofo y el primer épico, españoles también; nosotros en la

Edad Media enseñamos la agricultura y la hidráulica; nosotros vestimos á la haraposa Europa con nuestros hilos y con nuestra seda; nosotros mostramos principios químicos, que más tarde, muchos siglos después, había de aprovechar Lavoissier; y mucho antes que Torricelli adivinábamos la ponderación del aire; nosotros hemos extendido la química, la farmacia, la medicina por Europa; gloria española es Averroes, que civilizó el Mediodía de Europa y fué el maestro de los escolásticos; gloria española aquel Sahal, denominado el poeta de la inextinguible alegría; gloria española aquel Alhacen, discípulo de las escuelas de Córdoba y Sevilla, que dió las primeras nociones de la óptica; glorias españolas aquellas poetisas como Sobe-ya y Velada, que perfumaron con sus suspiros las rosas selváticas de las violáceas montañas de Córdoba; gloria española aquel ilustre Albucasis, que perfeccionó la cirugía; gloria española Geber que levantó en la Giralda de Sevilla los primeros observatorios astronómicos, continuadores de las tradiciones científicas de Alejandria; glorias andaluzas, las cuales brillan ahí eternamente repe-

tidas por todas las lenguas y admiradas por todas las generaciones, para demostrar que el genio es fruto de nuestro temperamento y reflejo de nuestra divina luz y de nuestro cielo incomparable en la frente privilegiada de España.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los diputados el día 9 de Mayo de 1876, sobre la libertad religiosa.)



XLIII

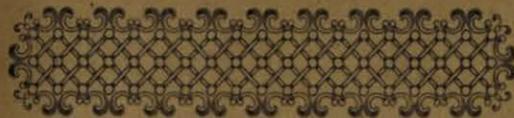
¿QUERÉIS hacer de esta nación descentralizada una nación cesarista? Si así lo hacéis, la imposibilitáis para la defensa de sus fronteras. Por cada hombre que se sacrifica en aras de la humanidad, hay ciento que se sacrifican en aras de la patria, como en aras de la familia; por cada ciento que creen en su patria la nación entera, hay desgraciadamente mil hombres que tienen por única patria el espacio donde se disipa el humo de su hogar y se extingue el eco de la campana de su iglesia. Si examinamos el pueblo, encontraremos que después de los sentimientos de familia, los más arraigados en su corazón, vienen á ser los

sentimientos locales. ¿Por qué razón? A todos nos sucede en mayor ó menor grado lo mismo. Mucho amamos la nación, su tierra, su suelo, la lengua en que vertemos nuestras ideas, las obras de nuestros grandes artistas, los nombres de nuestros sabios, que brillan como estrellas fijas en nuestro horizonte, y las hazañas de nuestros héroes; pero ¡ah!, que todos amamos más el hogar donde se meció nuestra cuna y vimos dibujarse la sombra de nuestros padres; la ancha chimenea donde la abuela se sentaba repartiendo por igual los beneficios entre sus tiernos nietezuelos; el sitio que fué testigo de nuestros primeros amores; el templo donde se eleva con el incienso nuestra primera oración; el campo por cuyos espacios discurrieron cual nubes de mariposas nuestras primeras ilusiones; el sepulcro que encierra los restos de nuestros antepasados; la campana que plañe en los funerales de los difuntos y canta en la alegría de los vivos; que por esos penates han sido el paso de las Termópilas, el sitio de Jerusalén, el suicidio de Sagunto y de Numancia, el incendio de Moscov, los esfuerzos increíbles de Zaragoza y de Gero-

na, todos los holocaustos y todos los sacrificios por la patria.

.....
 ¿Queréis una democracia demagógica? ¡Ah, señores! Si yo fuera elocuente, si yo tuviese las lenguas de fuego llovidas por el espíritu divino sobre la cabeza de los Apóstoles, si yo poseyera esa luz de la inspiración, si yo pudiera recoger el genio de la palabra que vaga por este recinto que tan grandes oradores ha suscitado, y pudiera prenderla á mis labios condensándolo en una frase, os rogaría rendido y casi de rodillas que no produjeráis la reacción, porque trae las revoluciones; que dierais seguridad en el puerto de todas las libertades á la santa madre que llora las insensateces de sus hijos, al objeto de nuestro culto, al ídolo de nuestra vida, a nuestra hermosa y desgraciada España.

(De un discurso pronunciado en el Parlamento el 17 de Noviembre de 1876 contra el proyecto de la ley provincial y municipal.)



XLIV

PORQUE hay en el destierro días que verdaderamente parecen, señores diputados, siglos de dolor y de angustia. Nosotros hemos perdido en tal manera el patriotismo, que no consideramos como una gran pena vivir ausentes de la patria. Aquí nadie repetirá la sentencia del sublime desterrado que decía: «¡Cuán amargo sabe el pan ajeno!» Aquí nadie repetirá aquellas palabras sublimes de Toscani, cuando, al salir de la prisión para el destierro, decía que al fin la tierra y el aire de los plomos eran la tierra y el aire de Venecia. Vivir alejados de los objetos queridos en un hogar cuya sombra mata, obligados á hablar una lengua que no es aquella en que balbuceamos nuestras pri-

meras palabras y oímos los gorjeos de las primeras caricias, temiendo que podamos expirar bajo aquel ajeno cielo, sin unir nuestros huesos con los huesos de nuestros padres, en esta tierra de la patria donde debemos descansar más tranquilos, aunque tengamos por único epitafio la hierba de los campos, y por únicas lágrimas el rocío de los cielos; vivir así es morir cien veces; que el destierro se contará siempre entre las penas más acerbadas de nuestro triste y tenebro-sísimo planeta.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 2 de Enero de 1877.)



XLV

EXISTEN ó no existen las naciones? No vayamos á la abstrusa filosofía; una nación no es la sombra de una bandera, no es el anillo de una corona; es cierta comunidad de intereses y de ideas, en la cual se unen los hombres aproximados por el espacio para realizar el ideal humano y presentarse como una sola personalidad ante la historia. Hay espíritu individual, hay espíritu nacional, hay espíritu universal y humano.

Y si no, decidme por qué España habla esta rica y sonora lengua, sin la cual apenas podríamos ejercer los españoles la facultad divina del pensamiento; por qué nuestras grandes obras, ora las inspiren las ruinas clásicas, ora las agujas góticas, ora el alica-

tado de los árabes, ora los monumentos italianos, tienen siempre el sello indeleble y luminoso de nuestro genio; porque todos nuestros pintores, aunque tracen vírgenes, y todos nuestros escultores, aunque esculpan santos, tienen cierta tendencia naturalista; porque todo nuestro teatro, nuestro gran teatro, nuestro sublime teatro, el mayor del mundo, está fundado en el desprecio á las leyes aristotélicas y en la exaltación del romanticismo, porque así como los objetos esparcidos en nuestro suelo se tiñen con todos los colores del horizonte, nuestros genios son los matices varios del genio nacional y sublime de nuestra patria. Y cuando decae la nación decaemos todos; por esto tengo tanto miedo cuando ejercito el magisterio de la tribuna, en incurrir en ninguna irreverencia, porque el decaimiento, que unos á otros nos producimos, después nos alcanza á todos, Así es, señores, que cuando la nación decae, el Carlos I que llevaba en la palma de su mano el planeta, se convierte en el Carlos II de los hechizos; Don Juan de Austria, que vence en las férvidas aguas de Lepanto, se convierte en el Don Juan de Austria que se pronun-

ciaba en los campos de Aragón; así, el Herrera que construía el Monasterio del Escorial, se convierte en el Churriguera que levantaba la fachada del Hospicio; así, el Garcilaso clásico se convierte en el Garcilaso conceptista; así, la Santa Teresa que conmovía las entrañas de la humanidad con su elocuencia, se convierte en la monja milagrosa de San Plácido; así, el Cardenal Cisneros, que puso coto á la ambición de los grandes del reino, se convierte en Fray Froilán Díaz ó en el Cardenal Portocarrero; antes, grandes, porque nuestra nación dominaba el mundo; todos pequeños después, porque sobre el manto de nuestras glorias echaban suertes los Reyes, pretendiendo repartirse nuestros lacerados despojos.

(Del discurso pronunciado el día 29 de Mayo de 1877 en defensa del Sufragio universal.)



XLVI

Y yo pregunto, después de estas largas enumeraciones, por las cuales os pido perdón, y que jamás emprendería sin contar de antemano con vuestra benevolencia: ¿creéis posible que tantos problemas se susciten y se resuelvan sin que nosotros expresemos una aspiración, digamos una queja, demos una opinión ó un consejo?

No habléis de nuestra debilidad, no os lo consiento. Dos cosas hay á que no puedo acostumbrarme: á oír llamar desdichada y á oír llamar débil á la nación española. ¡Desdichada la nación que ha visto á Francia tres veces invadida y desmembrada en lo que va de siglo; á Italia con los austriacos en Venecia y los franceses en Roma; á Prusia casi

borrada del mapa por la batalla de Jena, y casi sometida á la esclavitud por el despotismo de la antigua Confederación germánica y por la humillación del Olmutz; mientras España ha conservado lo más difícil de conservar, el imperio sobre sí misma en una incontestable independencia. Sí, desgraciados, confesad que somos los artífices únicos de nuestras desgracias. ¡Y qué digo débiles! ¡Débil la nación española! Débil es para la libertad; para la guerra no es débil, antes muy fuerte. A cuantos digan que nosotros hemos perdido en la práctica de las instituciones modernas aquel temple antiguo que nos dió tanta fuerza, mostraríales inmediatamente la guerra de Cuba, á millares de leguas, en mares inmensos, en clima tropical, bajo los rayos de aquel sol tan fecundo en exuberante vida como en desoladora muerte; con el vómito en las costas, con la fiebre en las selvas; frente á frente de pasiones tan hiperbólicas como aquella exuberante vegetación y de un enemigo que se condensa y se deshace cual las trombas en el mar y cual las arenas en el desierto; y conservando entre tantas pruebas la resignación, la sobre-

dad, la paciencia, la audacia, el heroísmo, las virtudes militares de todos los tiempos, que han obrado los milagros cuyos resplandores llenan desde la primera hasta la última página de toda nuestra vida histórica y muestran el poderío y la firmeza de nuestro pueblo.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 28 de Febrero de 1878, con motivo de la discusión del Mensaje.)



XLVII

S EÑORES, y los que deben guardar y aumentar estas tradiciones, de las cuales viven los pueblos como del aire respirable, entregan los huéspedes á sus verdugos. La bandera española parecerá más pálida á los ojos de los españoles diseminados por el Nuevo Mundo, desde que no sirve para proteger y amparar la desgracia. Solamente los que hayan estado en la expatriación forzosa comprenderán lo que significa el color del pabellón nacional visto por un desterrado. Yo recuerdo la tarde que salí de Marsella para Italia en mi primera emigración. Miraba con indiferencia la selva de mástiles que se balanceaba á ambos lados; la ciudad focense, que se perdía á lo lejos; las gaviotas volando en-

tre nuestras velas y los delfines siguiendo la estela de nuestra quilla, todo lo que me circua; cuando de pronto veo los colores nacionales, y la sangre hirviente se agolpa á mis sienas, y la electricidad vital se centuplica por mis nervios, y veo en extranjera tierra y en extranjeras aguas desde el hogar de mi infancia hasta el sepulcro de mis padres, y oigo desde los acentos de nuestras campanas hasta las cuerdas de nuestra lira, y siento desde la comunidad de ideas que tengo con mis conciudadanos hasta la comunidad de átomos que hemos recogido en las cenizas de tantas generaciones sacrificadas en mil combates; que esos símbolos gloriosos evocan milagrosamente el alma sublime de la patria. No puedo creer que la bandera española haya sido manchada, no lo creo; pero si lo fuera, lavadla, aunque sea con sangre, á fin de que la miren y la bendigan como el sol que los alumbraba y los vivifica, todos los españoles en toda la redondez de la tierra.

Yo maldigo, señores, de la política que desconoce las afinidades de raza, las tradiciones de historia, los lazos de consanguinidad cuya virtud une ciertos pueblos entre sí. Las

naciones no pueden ser como los irracionales, que en cuanto no los necesitan, desconocen á su padre y á su madre. ¿No os causa pena ver que mientras Francia é Italia hacen cuanto pueden por la santa madre de todos, por Grecia, nosotros apenas pensamos en esa nación prestigiosa, á la cual como hombres debemos lo que más honra al género humano, la ciencia y el arte; como españoles, lo que más embellece nuestro suelo, el coro espléndido de las ciudades mediterráneas? Francia, aun después de sus derrotas, que le aconsejaban cierta prudente neutralidad, se ha constituido en protectora de Grecia, trabajando por recobrar Janina; é Italia misma, á pesar de ciertas ambiciones propias de la juventud que le ha infundido su regeneradora libertad, trabaja por que se extienda por la Thesalia. Y á nosotros, occidentales por excelencia, no puede sernos indiferente, no, que las costas orientales del Mediterráneo se hallen ocupadas por una raza de compleción diversa á la nuestra, como la raza eslava, ó por una raza de nuestra misma sangre y de nuestra misma historia, como la raza griega. Hace dos años tuve el honor de ar-

güir desde aquí al Gobierno anterior sobre su política en la cuestión oriental, y decirle que tarde ó temprano todo el Occidente se interesaría por Grecia. Mis pronósticos se han cumplido. Permitidme felicitar á los ilustres presidentes del Consejo en Francia é Italia, y al jefe de la oposición liberal en Inglaterra, por sus generosos esfuerzos. Disculpadme si os increpo á vosotros por vuestra criminal indiferencia. Y cuenta que hay relaciones naturales y eternas entre Grecia y España, las cuales, alzadas á los dos extremos de la parte meridional de nuestro continente, cumplen idénticos destinos. Grecia es descubridora de Europa, como España la descubridora de América; Grecia oye una voz que la obliga á correr hacia el Occidente del Atlántico. Grecia trae al viejo mundo occidental la civilización clásica. España lleva al Nuevo Mundo occidental la civilización cristiana; Grecia infunde las primitivas ideas de Asia por la Historia antigua, transformándolas en el Ática, y España infunde las nuevas ideas del Asia por la Historia moderna, transformándolas en Andalucía; Grecia impide en una guerra de siglos, hasta caer vencida, que

el mahometano se apodere de todo el Oriente europeo en la Edad Media, y España, en otra guerra de siglos, hasta ser victoriosa, impide que el mahometano se apodere del Occidente; nosotros debemos á Grecia nuestra primitiva cultura, y Grecia nos debe á nosotros la batalla de Lepanto, el precedente secular de Navarino; Grecia y España son igualmente necesarias aún al mundo, porque en medio de esta vida moderna, un poco aquejada de tendencias utilitarias y egoístas, representan, por el esplendor de sus respectivos cielos y las aptitudes de sus respectivas razas, el sentimiento en la vida, el heroísmo en la guerra, el ideal y la poesía en el arte, cualidades con que fueron grandes en lo pasado y volverán á serlo en lo porvenir: que nunca se pierde en la tierra la influencia del genio, ni en los humanos anales se acaba la virtud de la inspiración y de la gloria. . . .

.....
 ¡Y cuántas veces paseándome por nuestras costas mediterráneas, he visto aquí y allá barcos encallados en la arena, podridos, sin empleo, por causa de ese retraso! Y ahora he visto más; he visto que Alemania, que

Inglaterra, han dirigido su voz á las repúblicas beligerantes del Pacífico para llamarlas á la concordia y no la ha dirigido España. ¿Comprendéis algo más triste? ¿Comprendéis algo que deba apenar tanto á un corazón español? Si América se estremece, si América se retuerce en el dolor y España no la consuela, ¿quién la consolará? Si estoy por decir que bajo otros Estados, bajo otras formas de Gobierno, bajo mil nacionalidades diversas, aquel continente es más español que nuestra misma tierra.

Las escondidas nubes del trópico guardan aún la ardiente mirada de Pinzón; las islas de las Antillas han sido vistas por la vez primera desde el mar con los ojos de un Rodrigo de Triana; por los campos de la Florida anda errante la sombra de Ponce de León, que pasara en alas de su fe desde las vegas de Granada á las vegas del Nuevo Mundo; la tierra del Yucatán ha sido adivinada por un Fernández de Córdova, y por un Grijalba descubierta el inmenso imperio mejicano; la primera visita al Golfo, que es por excelencia el seno comercial del joven continente, se debe á un Garay; la aparición

de la Carolina Meridional en la escena de la historia, á un Vázquez; ese gran río, esa arteria de los Estados Unidos, que lleva sobre sus caudales los productos de los más gigantescos trabajos, el Mississipi, yacería aún ignorado si un Soto no lo descubre entre fatigas increíbles, no lo atraviesa entre dolores y martirios sin cuento, pronunciando en sus selvas, al querer tomarle las tribus salvajes por un dios sobre la tierra, los nombres sublimes del Dios de los cielos: el estrecho de Magallanes y el mar Pacífico han sido surcados por la nave *Santa Victoria* á la sombra de la bandera de España, pues por doquier, lo mismo en las costas que en las selvas, lo mismo en los campos que en los montes, lo mismo en las arenas del mar que en las estrellas del cielo, se refleja esta santa imagen de la patria; y ¡España! dicen los volcanes y los ventisqueros, los aludes de los Andes; ¡España! los desiertos de la tierra caliente y las pintadas selvas del Paraguay; ¡España! las ondas del Plata y las ondas del Amazonas; porque el genio de España, extendiéndose allí como las alas del águila sobre su nido, avivó con el calor de